La pajarera

Eduardo Plaza Ávila



Trenes, una introducción

Entonces hablemos de Coquimbo.

Dejé Coquimbo hace varios meses. Partí a las cinco de la tarde. Llené el estanque y enfilé hacia Santiago. Puse una radio local para saber por dónde me convenía avanzar. Roberto Dueñas, exfigura de la farándula chilena devenido líder de opinión regional, insultaba a un juez y amenazaba a un fiscal porque no actuaban con mano dura. Era trece de noviembre. Un reportero dijo que había barricadas en la salida sur de Coquimbo. En vez de seguir por la Ruta 5, que estaba cortada, subí por el camino hacia La Cantera y tomé la Ruta 43, que viaja en paralelo a la primera y une Coquimbo con Ovalle, al interior de la región. Desde La Cantera se alcanzaba a ver la Cruz del Tercer Milenio, sobre el cerro El Vigía, uno de los lugares más pobres de la ciudad. Tres semanas antes habían intentado incendiarla. También quemaron y saquearon supermercados, un centro médico y parte del hospital. Fuera de eso, no mucho más. ¿Cómo

prenderle fuego a esa mole de noventa metros de concreto?, pensé. No creo que hayan querido derrumbarla, solo era necesario verla arder como un faro anunciando la guerra. Me metí a un camino que une ambas carreteras a la altura de Tongoy. Dejé atrás la barricada y seguí por la Panamericana. Estaba vacía. Después entendería por qué: también había piquetes en Los Vilos y otros llegando a Santiago. Un par de horas más tarde me detuve en un servicentro y revisé las redes sociales en busca de noticias: si Piñera había salido a hablar, si volvería a decretar estado de excepción, si los milicos se estaban acuartelando, si se venía un golpe. Había perdido la señal FM varios kilómetros atrás. Decidí que de allí en adelante guardaría los tickets de peaje por si necesitaba demostrar que estaba viajando. Me pidieron bailar para cruzar en Los Vilos y lo hice. Y la noche me encontró en un taco interminable a doscientos kilómetros de la capital. Fueron cuatro horas detenido, no lo sé, tal vez cinco. Un canal de noticias tenía su señal online abierta y me quedé sentado, con las ventanas abajo, mirando lo que ocurría en Santiago desde la pantalla de mi celular. De vez en cuando salía a fumar o a mear y miraba la caravana brillante que se hacía pequeña hasta parecer una romería de luciérnagas. Éramos un centenar de sujetos fumando y compartiendo el arcén, y qué importaba, si nada se movía. Las máquinas reposaban y escuchábamos el murmullo de las chupadas de cigarro y

el arrastre de pies. Desde la carretera se abría un silencio vasto, negro y tirante. Se alcanzaban a ver unas pocas casas a oscuras. A un lado se adivinaban los cerros. Al contrario se adivinaba el mar.

Pensé en volver. Devolverme al puerto. Llamar a mi madre. Preguntar si podía dormir en su casa. No la había visto durante siete semanas y estábamos a un par de cuadras.

No quiero partir este libro con la trampa de la nostalgia. No quiero partir diciendo: «Cuando éramos chicos, nos gustaba recorrer Coquimbo siguiendo las vías del tren». No quiero decir: «Dejábamos monedas antiguas sobre los rieles y esperábamos a que el tren las aplastara». No quiero decir: «Nos sabíamos de memoria el horario del tren». Tampoco: «Mi abuela me había regalado una bolsa de monedas viejas. No sé por qué lo hizo. Mi abuela me despreciaba. Y yo las aplastaba en el tren». Pero si no explico el contexto, no puedo escribir de Coquimbo. No es un tren de pasajeros: al igual que la mayoría de las vías férreas nortinas, fue diseñada y construida como un brazo de la explotación minera. Chupar, transportar y embarcar. Expoliar. En algún momento hubo un servicio de pasajeros, pero da lo mismo. No es eso lo que quiero contar. El tren partía en El Romeral, una mina de hierro veinte kilómetros al norte de La Serena, y terminaba en Guayacán, el puerto al extremo norte de la boca de la playa La Herradura, en

Coquimbo, treinta y cinco kilómetros hacia el sur. Antes de eso, en el siglo XIX, ya había otras conexiones que hacían el mismo recorrido y terminaban en el Valle del Elqui. Y antes de esas, otras. O sea: el tren sobre el tren sobre el tren. La reproducción. Cuando éramos chicos, nos gustaba recorrer Coquimbo siguiendo las vías. Y caminando sobre ellas podías hacerte una idea bien clara de gran parte de la ciudad: partíamos en Guayacán, donde todavía está emplazado el puerto de la CAP que embarca las cargas de hierro a quizá dónde, no tengo idea, no era información útil: lo que hacías cuando chico era inventártelo, no averiguar. Salíamos de la playa y cruzábamos hacia la Covico y la Fedeco, dos villas que nacieron al amparo de la misma empresa de ferrocarriles, cuando todavía trabajadores y gerentes hacían esa clase de tratos. Caminando hacia el oriente llegábamos a El Olivar y Las Torres, por entonces el límite de la ciudad. Más allá solo había tierra.

Escribo sobre mi ciudad. Antes de eso lo haré brevemente sobre mi madre.

En esa tierra —bien allá, no en la tierra de acá: en la de allá— el Servicio de Vivienda y Urbanismo construyó la población donde Nora consiguió su casa mediante un subsidio básico. Una vez, como a los dieciséis, escuché a alguien en el colegio decirles despectivamente «pajareras». Supongo que así les llaman. Con mi familia vivimos casi siempre en distintos lugares en El

Llano de Coquimbo, un sector tradicional de clase media venido a menos, pero donde conviven a dos cuadras de diferencia familias humildes y casas enormes. Digo «casas» porque nunca supe quién vivía en ellas. Quién sabe si son familias. Quién sabe cómo se llevan. Caminábamos al colegio, teníamos un par de amigos y a veces íbamos a la iglesia.

A lo largo de estas crónicas, a veces diré: «Nora hacía esto» o «Nora hacía esto otro». En mi vida con ella no hago tal cosa. Nunca la he llamado por su nombre. Le digo *madre* o le digo *mamá*. No quiero reducirla a un rol. Pienso que si tengo el valor de escribirlo, algún día tendré el coraje de pronunciarlo.

A inicio de los noventa la brújula se fue a la mierda. Mi padre quedó cesante. Y el trabajo de Nora era cuidarnos a los seis, mis cinco hermanas y yo. Muy pronto nos quedamos sin techo y tuvimos que irnos a vivir como allegados a una pieza en el hogar de mis abuelos paternos, también en El Llano. Ellos ya habían muerto y a la casa se arrimaban todos los hermanos o hermanas, mis tíos y tías, de tiempo en tiempo, cada vez que hacía falta. Ellos y sus familias. Alguna vez fuimos veinte. Eran tres piezas de concreto y todo lo que pudieras inventar de material ligero. Al menos seguíamos en el barrio. Puede sonar una locura, pero cuando uno es mojón se acostumbra a vivir hacinado, a pesar del dolor y la vergüenza. Yo seguía caminando

seis cuadras hasta el colegio. Mis hermanas caminaban otras seis, todos en distintas direcciones. Luego mi padre se largó y Nora tuvo que salir a trabajar. Nos llevó a cuestas durante diez años. Limpió departamentos, tejió guantes de lana, se la cagaron en estafas piramidales. Abrió una cuenta de ahorro para la vivienda. Creo que así se llaman. ¿Debería ponerlo en mayúsculas? ¿Cuenta de Ahorro para la Vivienda? Y hasta allá nos llevaron, donde ya no había ciudad sino tierra. El Serviu nos fue a tirar. La micro no llegaba. Las veredas no estaban asfaltadas. No era parte de nada. ¿Cómo explicar que Coquimbo nos dejó a nosotros antes de que yo decidiera dejar Coquimbo?

La maestranza de la Empresa de Ferrocarriles del Estado estaba cerca de la pajarera. Donde iban a morir los trenes. Pero incluso ese cementerio quedaba más adentro de la ciudad que nuestra población. Luego las vías enfilaban de vuelta hacia el norte por Covico, San Juan y finalmente la costanera. Desde allí llegaban por la playa hasta La Serena y se perdían en dirección a la mina.

Nora encontró trabajo en un supermercado en La Serena. El primer hipermercado. Eso fue el año 99. Tenía turnos de esclavitud: a veces hacía una jornada completa y le pedían que se quedara a hacer inventario. Podías negarte, pero era muy mal visto. Ella no podía darse el lujo de ser mal vista. En esos días salía de la casa-pajarera a las siete y media de la mañana y volvía

a las dos o tres de la madrugada. Yo me despertaba por el ruido de la puerta. Y por el ruido de la escalera. Y por el ruido de la cama. Toda esa casa crujía. Cruje. No dejamos de vivir hacinados: éramos siete en dos piezas de dos por tres. La diferencia es que ahora el gobierno nos había dado una solución habitacional de yeso-cartón. La micro demoró años en llegar a nuestra pobla; mi mamá tenía que caminar varias cuadras para embarcarse frente a la maestranza. Hacía casi el mismo recorrido del tren hasta la carretera, que se desplegaba paralela a las vías, paralelas al mar. Ella iba y volvía, de un lado al otro, igual que los trenes. Cargando y descargando en una rutina interminable. La micro sobre la micro sobre la micro. No debí conjugar en pasado: mi mamá va y vuelve, veintiún años después. Y el tren también.

Pienso en la ciudad que Nora tuvo que aprender a mirar desde el margen. El margen del margen, porque Coquimbo en sí misma es la orilla de algo más. Una caleta mirada con indiferencia que hasta fines de los noventa despedía un manifiesto tufo a pescado podrido una o dos veces por semana, por las faenas de la pesquera San José, que luego pasó a llamarse Coloso y más tarde Orizon, probablemente hasta que ocurra otra fusión de empresas que altere la tranquilidad del edificio Angelini, en El Golf. Una bahía de changos en el siglo XVI. Un fondeadero de piratas en el XVIII. Una fundición y un camino al extractivismo en el XIX.

La gente nos dice *changos* con desprecio. Los serenenses, sobre todo. Chango de la B, complementaban cuando Coquimbo Unido cayó de categoría en el torneo de fútbol nacional. Después ellos descendieron, se quedaron más de una década sin poder volver y estuvieron a un gol de terminar jugando en ese invento de potrero llamado Segunda División Profesional. Luego de eso no lo dijeron más.

Al tiempo de que nos apartaron de la ciudad para vivir en la pajarera, el Serviu volvió a estirar los límites con nuevas soluciones habitacionales de ladrillo y yeso-cartón, siempre hacia el oriente. A ese tierral, más allá de la maestranza, más allá de quebradas secas y basurales informales, detrás de la pajarera de mi madre, le llamaron Punta Mira.

Lo que yo no recordaba era que, en esa nueva orilla, tan lejos del Llano donde crecimos, cerquita de la pajarera, también se pasean los rieles como un testimonio de origen. Me lo dijo Nora anoche, mientras hablábamos por teléfono. Durante años creí que no llegaban tan lejos, que mucho antes volvían hacia el mar, pero no es así: hay una vía de escape, un desvío que transforma el camino en dos. Imaginé el sendero de balasto, serpenteando por el semidesierto, hacia un punto pequeño perdido quizá dónde, en los cerros que separan los valles transversales del Norte Chico. Le pregunté si se sabía de memoria la ruta que siguen los rieles. Ade-

más del misterio de Punta Mira, yo no recordaba con exactitud dónde cruzaban la carretera desde la playa y luego volvían a aparecer junto al mar. Me respondió que no estaba segura. Mi madre no es coquimbana, sino serenense. El único vínculo real que tenía con Coquimbo, antes de sus hijos, era mi padre. Sus hermanos viven en La Serena, igual que mis abuelos cuando estaban vivos, igual que toda su familia extendida. ¿Cuánto te mueves por la ciudad?, le pregunté. Ya no mucho, me dijo. Mejor me quedo en la casa. Antes era distinto. Caminaba por Guayacán porque allí quedaba el jardín de la Junji en el que inscribieron a una de mis hermanas. Caminaba hasta el centro porque allí vendía los guantes que tejía. Su ciudad personal se extendía hasta los límites de nuestras necesidades. Con los años solo salía de la pajarera para ir al supermercado.

Antes, cuando éramos niños, era distinto: Nora nos subía a una micro y partíamos a la casa de su mamá, un sector de chacras en La Serena que con los años se llenó de casas. Nos quedábamos con mi abuela todo el día y volvíamos de noche. Eso era antes de la solución habitacional. Se notaba que no quería estar en Coquimbo, allegada en esa casa con cuñados y sobrinos, pero sin cariño.

Aquel día, por teléfono, quise saber si extrañaba su vida en las chacras, pero no me atreví a preguntar. Después de cortar apagué la luz y me acosté, pero el ruido de los autos corriendo por Vicuña Mackenna me desve-

ló. Encendí el computador, di vueltas por Google, busqué los rieles en mapas digitales, amplié las calles hasta encontrar el camino y lo seguí, desde Guayacán, cuadra tras cuadra, arrastrando mis dedos por la almohadilla, centímetro a centímetro. Encontré el desvío, continué zigzagueando por la ciudad y luego hacia el sur, como recogiendo miguitas de pan. Ovalle. Otro desvío. Monte Patria, Combarbalá, Illapel. El trazo me llevó hacia el mar. Los Vilos, Pichidangui. Un nuevo desvío terminaba en Papudo. Continué hacia el interior. Placilla, Catapilco, El Melón. Y La Calera. Allí terminaba, pero también se abría a otras vías que desperdigaban decenas de ramales. Corrían como ríos desde Santiago hacia el sur. Aunque el tren vaya y vuelva en Coquimbo y mi madre lo persiga en micro camino al trabajo, somos apenas un punto más en esta línea abandonada entre Pisagua y Puerto Montt.

Antes de trabajar en el supermercado, Nora limpió departamentos en Las Tacas y Puerto Velero, dos balnearios para gente cuica cuarenta kilómetros al sur de la ciudad. Viajaba haciendo dedo en la carretera, porque no tenía plata para ir y volver. Había semanas en que solo teníamos harina tostada para comer. A veces también teníamos azúcar. Otras veces solo papas. Pero ella lo resolvía y nosotros nos acomodábamos. Nunca nadie lloró. Jamás. «Esta vida es una pura cochinada», decía Nora cuando quería quejarse. Eso era todo.

Leí una columna del escritor peruano Daniel Alarcón en la que hablaba de su hijo neoyorquino, «de los que miden los años con el tamaño de los edificios que se levantan a su alrededor», para ya viejo poder decir que se acordaba cuando nada de eso existía. A pesar de que lo considerara una obviedad, me gustaba lo que decía Alarcón: pertenecer a un sitio era justamente eso, cargar una historia contigo siempre, de manera intuitiva.

Y desde los años noventa, en Coquimbo, como en muchísimas ciudades de Chile, podríamos medir el paso del tiempo con la cantidad de poblaciones construidas hacia la periferia: Las Torres, La Portugal, Villa Los Héroes, Punta Mira. En algún momento, además, los coquimbanos nos pusimos arribistas y comenzamos a llamarlas Costa Milano uno, Costa Milano dos, Costa Milano tres, Costa Milano cuatro. Y de costa tienen el puro nombre. Esa misma ambición nos hizo cambiar el nombre de la playa Changa a bahía Camarones, un ejercicio harto irrespetuoso, pero sobre todo siútico.

Las poblaciones históricas están emplazadas en aquellos cerros de la ciudad que dan hacia el mar, al lado opuesto, en la Parte Alta: El Calvario, Shangri-La, Fosfato, nombres con muchísimo más carácter que los que mencioné antes. Supongo que la única razón por la que no juntaron a los pobres nuevos con los pobres viejos es porque en la Parte Alta ya no quedaba sitio.

El único edificio que vi levantarse fue muchos años después, en El Llano, cuando ya vivíamos en la pajarera de Nora. Coincidentemente, bajo esos diecisiete pisos, tres décadas antes, vivimos nosotros. Era una casona desvencijada sin agua potable y con un patio enorme en el que a veces crecían alcayotas. Hace un par de años era el único edificio en el sector. Ahora hay dos. Y luego de eso, una lengua enorme de casas hasta llegar al mar, hasta La Herradura, ahora escondida tras un telón de cuanta torre puedas meter en esas dunas sin que se las chupe el mar.

La pajarera ya no está en el margen. La insistencia por continuar llevando a los pobres hacia esa orilla sin mar continúa redibujando el plano de Coquimbo. Si tiramos una línea entre la Plaza de Armas y esa iglesia evangélica que se asoma en la última calle, perdida casi en el cerro, la casa de Nora queda justo al medio.

Esperando en ese taco en la carretera pensé en volver. Devolverme al puerto. Llamar a mi madre. Preguntar si podía dormir en su casa. Pero no lo hice. Estuve detenido en la carretera varias horas, quizá cuatro o cinco, hasta que la fila eterna de automóviles comenzó a desperezarse. Continuamos a media marcha. Llegué a Santiago cuando ya despuntaba el sol.

Es mayo y no he vuelto a Coquimbo. Hay una barrera sanitaria que lo impide. Para cruzarla debes demostrar que no estás contagiado y justificar el viaje con una razón importante, sensata. Mostrar papeles.

No vale decir tímidamente que extrañas a Nora. Que te has equivocado mucho y que quieres ir a dormir a la pajarera. Y que ya descubriste hasta dónde llegan esos rieles: a ninguna parte.

La cruz

Sé que es cierto porque me acuerdo. Estoy seguro de que lo leí. No logré dar con el archivo, pero no pude haberlo inventado. Imposible. El exalcalde de Coquimbo Pedro Velásquez dio una entrevista hace quince años. La Cruz del Tercer Milenio, esa plataforma de despegue tosca e impertinente, ya había sido construida e inaugurada. Y su ideólogo se quejaba amargamente de que no le habían permitido construir a gusto el sueño que él tenía para la ciudad, que incluía una estatua gigantesca del pirata Francis Drake en el acceso sur, dando la bienvenida a los turistas santiaguinos que ocupan el puerto durante sus vacaciones. Tan grande era aquella monstruosidad imaginada que Velásquez quería que los autos literalmente pasaran por debajo de las piernas del pirata. Un coloso de Coquimbo. Tengo la imagen en mi cabeza: la periodista describiendo al entonces alcalde abierto de patas y posando como estatua. Estoy seguro.

Drake fue el primer británico en visitar Coquimbo, en 1579. Fue comerciante de esclavos, explorador y político. Corsario, según Inglaterra. Caballero, además. De acuerdo con España, un pirata. Uno de los más famosos de la historia. La segunda persona en circunvalar el mundo. ¿Qué tiene que ver todo esto con el puerto? Nada, excepto que recaló en Guayacán y no saqueó la ciudad simplemente porque todavía no era más que un caserío de pescadores. Sí lo hizo en Valparaíso, lo intentó sin fortuna en La Serena y continuó su camino asaltando carabelas españolas, las que también se encontraban saqueando el continente, solo que con un permiso diferente.

Durante décadas, incluso un siglo después, el puerto de Guayacán seguiría recibiendo visitantes ingleses, españoles y holandeses de la estofa de Drake. De allí el mote de «ciudad pirata». Eso y el supuesto tesoro oculto. En isla Mocha dicen lo mismo y a nadie se le ha ocurrido desfondar el presupuesto municipal de Lebu para jugar a los corsarios.

Luego del reclamo de un grupo de historiadores y del Consejo de Monumentos Nacionales, Velásquez tuvo que desistir y modificar el proyecto. La alternativa, por cierto, sería más históricamente confusa que la anterior: ubicar al pirata Drake en el fuerte Coquimbo, una antigua fortificación levantada en el contexto de la Guerra del Pacífico que nada tenía que ver con el